

amigos de él mismo y de su ilustrísimo tío, como el generoso arzobispo Munguía, y de todos se aprovechó el afortunado pueblo de Jacona. La autoridad espiritual, unida en su cura á los bienes temporales, lo transformó por completo bajo todos aspectos. Se desterraron los vicios y se embellecieron las calles; se encendió la devoción y se construyeron suntuosos edificios; se avivó la caridad y se fundaron asilos y orfanatorios; aumentó el culto de la Virgen Santísima, allí venerada bajo el nombre *de la Raíz*, y se tendieron los rieles de un tranvía, que la unió con Zamora cuando casi no se conocían los ferrocarriles en Méjico. Ignorado antes, se convirtió Jacona en un gran centro intelectual, moral y comercial, y la fama del *señor Cura*, como por antonomasia y cariño se le llamaba, voló por toda la nación, y llegó á los países donde se había educado.

Al saber los prodigios que hacía en su parroquia, no faltó quien rogara á su tío que lo llevase á su lado é hiciera brillar en teatro más vasto sus talentos administrativos, su celo pastoral, su facundia oratoria. «No—replicó el venerable Arzobispo;—fácil me sería colmarlo de honores, y á la menor súplica de mi parte, la Santa Sede me lo concedería como coadjutor. Pero las dignidades no se hicieron para Antonio, y él ni las solicita ni las quiere.

Una mitra le cortarían las alas, y el sacarlo á un terreno desconocido le impediría practicar el bien, en la escala tan vasta que arrebató nuestra admiración. Dejémoslo, dejémoslo tranquilo en nuestro querido pueblo, y no pretendamos forzar la mano á la Providencia.»

¡Oh sabio y previsor Prelado! ¿Por qué no prolongó el Señor tu preciosa vida y permitió que te arrebatara la muerte cuando más falta hacían tus paternales consejos á tu egregio sobrino? ¡Oh! Si hace tres años hubieras estado á su lado, no habría ceñido sus sienes la corona de espinas que lo ha llevado á inmaturo sepulcro.

A despecho de las opiniones y deseos del insigne arzobispo, la Providencia se encargó de sacarlo de aquellos terrenos en que había echado profundas raíces, y le asignó en la Iglesia de Méjico una misión de brillo sin igual, pero también de inefables dolores. El mes de Febrero de 1886, al terminar las fiestas de la coronación de la Virgen de la Raíz, conocida desde entonces bajo la advocación de la Esperanza, se despidió de aquella parroquia de Jacona, por él transformada, y emigró con sus penates á la nueva residencia que le señalaba el dedo de Dios.

¡Época feliz de la coronación de la Virgen de la Esperanza, jamás te olvidaré! ¡Pueblo risueño de Jacona! Tu recuerdo permanece vivo

en mi mente, después de tantos años, y allá entre sueños veo muy á menudo las almenadas torres de tu casa cural, los claustros poco elevados de tu Asilo, las aulas de tu colegio de varones, los arcos de tus templos, las ventanas ojivales, todo semejante á lo que en mi infancia vi en Inglaterra. Me parece oír á cada rato el murmullo de tu ameno río, el susurro de tus árboles, siempre verdes y, sobre todo, el eco de las voces amigas de tantos seres queridos á mi corazón allí congregados.

Mucho habíamos oído acerca de las prodigiosas transformaciones efectuadas en su parroquia por el cura Plancarte; pero la realidad superó cuanto nos habíamos imaginado. Presenciamos lucidos exámenes en el liceo de varones por él fundado, el concurso de catecismo entre los niños de la parroquia, institución suya; evoluciones y ejercicios gimnásticos en el orfanatorio por él levantado desde los comienzos; comedias y muestras de declamación en el Asilo, su obra principal y más querida. De todas partes del país eran los alumnos, los huérfanos, las niñas que en los diversos establecimientos recibían educación y albergue. El cuerpo de profesores constaba en su mayor parte de jóvenes sacerdotes educados en Europa, merced á la protección del *señor Cura*. Las directoras del Asilo, sin ser religiosas, formaban una congregación á que el ce-

loso sacerdote había impuesto prudentes y sabias reglas acomodadas á las circunstancias y que, sin permitir que violaran las leyes vigentes, daban á las maestras suficiente cohesión para llevar á cabo empresas sólo realizables por un cuerpo moral. Las había meditado largo tiempo y redactado definitivamente durante una peregrinación que hacía diez años había emprendido á las santas ciudades de Roma y de Jerusalén, y al escondido hogar de la estigmatizada Luisa Lateau.

¡Cuánta energía había tenido que desplegar en estas fundaciones, en la construcción de tantos edificios, en el ensanche de calles que, como el barón Haussman en París, no había logrado sino venciendo mil obstáculos! ¡Cuánto dinero había gastado sobre todo, en tan grandiosas empresas, que ahora iba á perder, sin haber gustado el fruto de sus labores! ¡Con razón le dolía renunciar á sus más dulces ilusiones! Pero era preciso arrancar de cuajo estos establecimientos, y á ello se decidió con ánimo varonil.

No fué, por fortuna, una extirpación, sino un mero trasplante. En el no menos risueño pueblo de Tacuba, y en el ameno San Joaquín, á las puertas de la capital de la República, y bajo el amparo del nunca bien llorado arzobispo Labastida, vimos levantarse y florecer en pocos meses cuanto acababa de destruirse

en Jacona. Al transplantarse á mejor terreno todo creció y se multiplicó asombrosamente, y el sabio Prelado de Méjico tuvo que modificar la opinión que tenía formada de su sobrino, cuando aseguraba que el sacarlo de su centro de Zamora equivaldría á hacer estériles sus trabajos. Por el contrario, todo progresó; y al advertirse el éxito que acompañaba sus empresas, su popularidad, y el tino con que infundía el espíritu de generosidad aun en los más avaros, se empezaron á madurar proyectos más grandiosos y colosales.

Al coronar en Jacona á la Virgen de la Esperanza, surgió la idea de pedir al Padre Santo igual corona para la portentosa imagen de la Virgen de Guadalupe. Aunque alguno juzgó conveniente diferir esta segunda coronación algunos años, para que no pareciera un apéndice de la que acababa de verificarse, prevaleció no obstante el contrario sentir, y el año siguiente empezaron á darse los pasos necesarios á tan grandioso fin. Uno de ellos fué preparar la basílica de Guadalupe para la solemnidad que en su recinto había de celebrarse, ensanchándola con la demolición del coro, que, como sucede casi en todas las catedrales españolas, obstruía una gran parte de la nave central. Las órdenes al efecto se expidieron por el Sr. Arzobispo de Méjico; pero el inspirador de todo, como para nadie es un

misterio, era su sobrino el P. Plancarte. El proyecto, en un principio, no era tan vasto. Se reducía á dejar despejadas las tres naves del templo, á formar un ábside, al cual se apoyaría la imagen guadalupana, y á construir el coro de los canónigos en el presbiterio, entre el altar y el pueblo, ni más ni menos que en la capilla de Santa María de Oscott ó en la catedral inglesa de Birmingham. Si Plancarte hubiera terminado su educación en Burgos ó en Toledo, en Córdoba ó Sevilla, quizá no le habría parecido deforme el coro primitivo de Guadalupe: quizás habría movido á su ilustrísimo tío á ceder á la oposición que contra las reformas surgía formidable, y á dejar intacta la basílica; pero no pudo prescindir de las ideas estéticas formadas en su juventud, y la única transacción á que se le llevó más tarde fué que el coro se elevara tras del altar, y que la cripta y presbiterio en algo remedaran las iglesias de San Marcos, de Santa Cecilia, de San Nereo y otras que había contemplado en Roma.

Aquí me permitiréis de nuevo una reminiscencia personalísima. Era el 6 de Julio de 1887. El señor arzobispo Labastida, que tenía grande interés en que la coronación de la Virgen de Guadalupe coincidiese con el Jubileo sacerdotal del Sumo Pontífice León XIII, que iba á celebrarse el próximo Enero, fué á visitar los

trabajos de la colegiata, y yo lo acompañé. Desagradable en extremo fué la impresión que nos causó el espectáculo que presentaba la Iglesia sin el coro central. No era la basílica espaciosa y perfecta que esperábamos. Pequeña, irregular, deforme, nos revelaba que el aborrecido coro, lejos de ocultar bellezas, había servido para disimular defectos arquitectónicos de primera magnitud.

No costó gran trabajo persuadir al venerable Prelado que dejarla así sería desagradar á la par á amigos y enemigos. Era indispensable alargar las naves, rectificar las líneas, formar un ábside espacioso, y sobre todo, y antes que todo, reforzar algunos muros y restaurar algunas bóvedas que no parecían tener ya la solidez necesaria. El trabajo se encomendó al P. Plancarte, y el que había sido tan sólo el alma inspiradora de la empresa, quedó constituido brazo ejecutor.

El resto, señores, lo sabéis, como lo sabe el mundo entero. Ahí está la basílica de Guadalupe con su gran baldaquino y altar marmóreo, con su ábside y sus vidrieras ostentando artísticas imágenes, retratos y emblemas heráldicos; con su cripta y blancas estatuas, con sus altas bóvedas de azul obscuro y brillantes estrellas, con sus cuadros murales y esbeltas columnas. Durante ocho años tuvieron allí pan y trabajo arquitectos, pintores, escultores,

albañiles, ebanistas, bajo la dirección del activo sacerdote, quien por fin vió coronados sus esfuerzos al terminar el año de 1895.

Ahí está Guadalupe pregonando tus glorias. No carece, es cierto, de defectos que él mismo habría corregido si la vida le hubiera alcanzado. Pero, á pesar de sus lunares, es un monumento digno de Méjico y de nuestro siglo, y que por sí solo bastaría para inmortalizar á su autor. Ha sido el primer paso en la resurrección de las artes decorativas en Méjico, y sin Guadalupe no existiría esta nuestra catedral en su presente estado, ni la de Morelia, ni otras varias iglesias menores, en que, más bien que imitar, se ha ido mejorando en rápida progresión el estilo de aquélla.

Las ingentes sumas que en Guadalupe se gastaron, en nada disminuyeron el mermado tesoro de la Iglesia de Méjico. En sus muros están inscritos los nombres de los que contribuyeron á la restauración, y en los libros del P. Plancarte constan las enormes cantidades aprontadas por los generosos donantes y el modo liberal con que se gastaron. ¿Cómo pudo el benemérito sacerdote, en una época en que los pasados desastres han engendrado la desconfianza, infundir tal espíritu de generosidad y desprendimiento en ricos y en pobres, en sacerdotes y en seglares, en devotos y en indiferentes? Para los que poco lo trataron ó lo

conocieron tan sólo por las diatribas de sus enemigos, es éste un problema insoluble. Para los que lo conocimos á fondo, es el acontecimiento más natural. Todo fué el resultado lógico de su piedad, de su celo, de su vida ejemplar, de su espíritu verdaderamente apostólico.

Apenas trocó el reducido teatro de Jacona por el de la capital de la República, su elocuencia dejó á todos estupefactos. No se limitaba á pronunciar uno que otro discurso de circunstancias. Predicaba todos los días y á toda clase de auditorios. Las iglesias de los barrios le agradaban lo mismo que las catedrales, y desplegaba igual entusiasmo en el oratorio del magnate y en la capilla de religiosas, entre los presos de la cárcel y entre los niños de las escuelas, delante de seminaristas y frente á frente con hombres de mundo, que iban á oírle mal prevenidos. Al notar esa facilidad con que se prodigaba, hasta el grado de pronunciar diez y quince sermones en un solo día, los antiguos predicadores dijeron: «*Presto se acabará su repertorio*»

Pero no se acabó. Su facundia era un torrente inagotable, que adquiría nuevo caudal mientras mayor era el ímpetu con que brotaba de sus labios. Pasaban los años, y su celo, lejos de disminuir, aumentaba. Muy pronto la capital y sus alrededores fueron demasiado

estrechos para su incansable actividad, y lo vimos recorrer uno á uno los Estados de la República, en todos predicando, en todos dando misiones y dirigiendo ejercicios espirituales. Lo escuchó Yucatán, y lo admiraron Veracruz y Puebla. En Durango arrebató los corazones, en Zacatecas lució su habilidad para la controversia, y en San Luis de Potosí hizo más todavía: calmó las tempestades, esas tempestades morales más difíciles de aplacar que la que sosegó Jesucristo en el lago de Genezareth.

Aquí descubro á muchos de los sacerdotes y seglares, á muchas de las Hijas de María que en diversas ocasiones practicaron los ejercicios de San Ignacio bajo su dirección. No sólo las bóvedas de este templo, sino el Carmen, San Francisco y el Sagrado Corazón resonaron con su inspirada palabra. En Matehuala, en Catorce, en Santa María del Río dirigió fructíferas misiones, en que el púlpito y el confesionario lo tenían ocupado todo el día y una gran parte de la noche.

Tal fué su vida durante más de diez años después de su salida de Jacona. ¿Qué maravilla que todos exclamaran al ver su actividad apostólica y su constante ocupación: *éste es verdaderamente un hombre de Dios?* Yo apelo al testimonio de cuantos tienen conocimiento del corazón humano, de cuantos han dirigido

comunidades religiosas ó gobernado á sacerdotes. ¿Es posible que quien de tal manera tiene llenas sus horas, quien tal celo despliega, quien á tantos pecadores convierte, llegue á ocupar su mente con pensamientos menos que angélicos ó encuentre algún momento, en medio de sus incesantes tareas, para destruir con las obras lo que proclama con las palabras, para desandar en la obscuridad los pasos que á la luz del día avanza en la senda de la perfección? Yo, por mí, os aseguro que jamás lo creeré, aunque vengan á jurarlo fingidas víctimas y falsos cómplices, como leemos en la historia de Estanislao y Atanasio y otros santos á quienes la Providencia quiso probar.

¿Qué mucho que para pagar tantos beneficios espirituales acudieran de todas partes á llenar las arcas del varón apostólico, que para sí nada aceptaba, y que destinaba todo al culto divino, á la educación de la juventud, al socorro de los menesterosos? Este fué su secreto, y no combinaciones financieras, que de nada le habrían servido si no excitaran la confianza pública su probidad y su virtud. Hé aquí por qué, terminada Guadalupe, encontró tesoros para el templo de San Felipe de Jesús, mucho antes empezado, y habría seguido hallando oro y más oro si más empresas hubiera acometido.

III

Entretanto, el misionero celoso que había evangelizado la mayor parte de la República, el educador de la juventud á quien debían su existencia varios colegios y su formación no pocos jóvenes distinguidos del clero y del siglo; el constructor de dos templos, el reformador de las artes decorativas en Méjico, el iniciador del renacimiento católico, era simplemente el *Padre Plancarte*, sin ningún título honorífico, sin ningún empleo ni cargo en la Iglesia ó el Estado, sin que los obispos, sacerdotes ó seglares á quienes tantos y tan señalados servicios había prestado, le hubiesen dado una pública muestra de su gratitud. Que nadie se hubiera movido en este sentido durante la vida de su ilustre tío, era muy natural y cualquiera lo comprende. Era entonces como un apéndice, un miembro de este gran personaje, y no necesitaba de una personalidad suya propia. Pero el Ilmo. señor Labastida hacía ya cuatro años que reposaba en el lugar de su eterno descanso y las circunstancias habían cambiado.

Entonces, señores, sacando yo de mi pobreza cuanto podía regalarle en prenda de mi reconocimiento, lo nombré, con el aplauso

unánime de mi Cabildo, Canónigo honorario de mi catedral. Poco pareció este testimonio, y con razón, á mis venerables colegas en el episcopado, y uniéndose muchos de ellos, le obtuvieron de la Santa Sede el nombramiento de Abad de la colegiata de Guadalupe. Con este carácter, que le daba una posición sólida y respetable, pudo disponer las fiestas de la inauguración de la basílica y de la coronación de la Virgen.

Aquí se interrumpen mis reminiscencias personales. Buscando la salud precisamente en las antípodas, me hallaba lejos, muy lejos, cuando se verificaron estos gloriosos acontecimientos, y no los presencié. Pero por lo mismo pude observar mejor la impresión que produjeron en el extranjero, y creo ser juez más imparcial que si hubiera tomado en ellos activa participación. La coronación misma y la reapertura del espléndido templo quedaron ofuscadas ante la doble manifestación que puso alerta al mundo entero, y que podemos denominar, por una parte, el *plebiscito* del pueblo mejicano aclamando á María su Reina y Señora, y por otra, el ruidoso alarde de las fuerzas católicas de la República. Todo lo presenciaron los obispos del Canadá y de los Estados Unidos, de las islas españolas y de la República de Colombia, que con brillante séquito de clero y de fieles acudieron á la invi-

tación del abad Plancarte. Al regreso á sus respectivos países pregonaron las glorias de Méjico católico, y aunque tanto tiempo ha transcurrido, no cesan aún de proclamar á los cuatro vientos que la religión, que se creía muerta, vive á pesar de los esfuerzos que se han hecho para arrancarla de los pechos mejicanos; que la piedad florece, que el celo algún tanto amortiguado por la persecución, renace y se enciende á medida que va recobrando la Iglesia su libertad de acción. Ellos fueron testigos de los portentos guadalupanos y quisieron ponerse bajo el amparo de la coronada patrona de Méjico, á quien han dado desde entonces el glorioso título de *Nuestra Señora de América*.

¿Qué recompensa podía bastar al egregio sacerdote que había iniciado y consumado una revolución tan patriótica y tan santa? Poco era en verdad el cargo de presidente del Cabildo colegial, y los obispos que pidieron el nombramiento de Abad solicitaron para él al mismo tiempo la dignidad episcopal. El éxito coronó sus esfuerzos, y el 17 de Septiembre de 1895 firmó Su Santidad el breve que lo nombraba Obispo titular de Constancia; breve que me ha autorizado á poner á los pies del ataúd que corona ese catafalco, la mitra que sus sienes jamás llegaron á ceñir.

En efecto, señores: todas las grandes mani-

festaciones producen inevitablemente una reacción. El plebiscito guadalupano que tanta gloria trajo á María é hizo resonar sus alabanzas en todos los ámbitos de la tierra, dió lugar también á que el infierno se desencadenara contra la Madre de Dios, y la impiedad lanzara en nuestro suelo blasfemias sin número contra la Reina de los mejicanos. No era posible que quedara inmune su egregio campeón. Las olas de la envidia, de la calumnia, del resentimiento, del rencor, se encrespaban en derredor de su barquilla, y sin que fueran capaces de socorrerle los que le habían empujado á la arriesgada empresa y se contentaban con vitorearlo desde el puerto, recurrió el pobre náufrago al amigo de su juventud, al compañero de sus mejores años; pero ni aun éste pudo salvarlo. Se puso, sí, valerosamente al timón, pero lo saben bien los marinos: contra los vientos y las olas es posible luchar; contra los rayos que se descargan de lo alto no hay defensa que valga.

El 10 de Mayo de 1896 firmó el obispo electo de Constancia su renuncia al episcopado y se sosegó la tormenta. Diez meses más tarde, al inaugurarse el templo de San Felipe, así apostrofaba al abad Plancarte su antiguo amigo, en el panegírico del protomártir mejicano: «Gózate al ver consumada tu empresa, mi buen hermano, y rétirate á disfrutar del

descanso que tanto has menester. La gloria humana no se ha hecho para ti. Otras coronas te reserva el cielo, que no se parecen á las de laurel corruptible que tejen les pobres mortales.»

¡Ojalá que hubiera seguido el fraternal consejo! Quizá se hubiera prolongado por más años su preciosa existencia, y después del largo reposo que necesitaba, habría podido volver á las luchas y á los trabajos, y aun conquistar los honores, que despreciaba, sí, pero que en justicia se le debían. Muy lejos de eso y sin hacer caso de los desengaños y amarguras, ni atender á los achaques y enfermedades, que con la edad iban creciendo, siguió trabajando en el púlpito y en el coro, al lado de los moribundos y en la dirección espiritual de las almas, en la administración temporal de las casas de beneficencia y en las nuevas construcciones que había emprendido, en el culto divino y en el servicio del prójimo. Pocas semanas antes de su muerte pasó todavía la noche, en santa vela en el templo de San Felipe de Jesús, con sayal de penitente y con los pies descalzos, orando y predicando nada menos que *diez y ocho veces* á los fieles que con él velaban. ¡Ah! A los hombres que en grado tan heroico cultivan la piedad desde la adolescencia hasta la senectud, el Señor se encarga de salvarlos de los peligros, de con-

servarlos puros y sin mancha, de librarlos de la tentación. *Novit Dominus pios de tentatione eripere.*

Con tantas fatigas no fué maravilla que se recrudecieran las antiguas dolencias, y que, juntándose con las nuevas que le habían acarreado los sufrimientos morales, le causaran en un momento la muerte. El Señor no permitió que los que tan unidos habían estado en la vida se separasen sin ese último adiós, ese *aeternum vale* que tanto consuela. Partí de esta mi ciudad, como bien sabéis, con el intento de acompañar en su jubileo episcopal á otro íntimo amigo de mi juventud, al egregio arzobispo de Nueva York. No pasé de la capital de nuestra República, y en vez de asistir á las fiestas que me esperaban, me tocó acompañar al sepulcro á quien no sin razón miré como hermano.

El viernes 22 del último Abril todavía conversaba conmigo lleno de entereza y, al parecer, de salud. Hablamos de la educación eclesiástica, del tino que se requiere en la elección de jóvenes que se mandan á estudiar á Roma, del peligro que algunos, bajo pretexto de acatamiento á la sola autoridad del Pontífice, desprecien la de los obispos é introduzcan el anarquismo en la Iglesia. Me prometió volver á verme dentro de dos días, y en vez de eso, á la cuarta mañana oraba yo junto á sus mortales despojos.

Allí estaba, tendido en la capilla de su Asilo favorito, rodeado de sus amadas huérfanas y sus queridas congregantas.

Bajo los ornamentos sacerdotales vestía la ropa que había llevado en sus viajes á Tierra Santa, y en vez de cáliz, sostenían sus consagradas manos el rosario heredado de su madre; prenda, según decía, que se lo dará á reconocer en el valle de Josafat, y el crucifijo de *misionero apostólico*, único título que se glorió en llevar.

¡Ah! No olvidaré jamás las emociones que hoy hace treinta días, casi á estas mismas horas, experimenté al conducir sus despojos á la última morada. Se preparó su tumba no lejos de la que todavía guarda los restos del inolvidable arzobispo Labastida. Junto á ésta permanecí inmóvil, como las estatuas de los monumentos que me rodeaban, y mientras el Enviado de la Santa Sede arrojaba las últimas gotas de agua lustral sobre el ataúd de mi amigo, yo murmuraba estas palabras, para los vivos indescifrables, sólo para los muertos inteligibles:

«¡Venerando Prelado, padre y amigo mío! Hace cuarenta años que te dignaste confiar á mi cuidado á tu predilecto sobrino. Aquí te lo devuelvo. Vengo á entregártelo revestido del glorioso carácter sacerdotal, sin los honores de que hubiera yo deseado verle adornado; pero

con su honra intacta, con el nombre de tus abuelos puro y sin tacha, y cargado de buenas obras que lo acompañan al Tribunal divino. ¡Padre y Prelado, adiós!..... ¿Hasta cuándo?»

Sí, señores; lo diré una vez más: *opera illorum sequuntur illos*. Tantas y de tal magnitud son las buenas obras que lleva consigo, que por más que el espíritu tentador se esfuerce en hacinar fragilidades en la opuesta balanza, jamás logrará contrapesarlas. ¿Serán tan sólidas y duraderas las obras materiales y morales que deja en este mundo? No olvidemos que se ha realizado en una época de transición, de peligros y de incertidumbre, y que en todas tienen que aparecer el carácter transitorio, los defectos y la inestabilidad inherentes á los tiempos en que nos ha tocado vivir.

Para subsistir á través de los siglos tienen que irse modificando edificios y fundaciones, templos y asilos. Quizás una que otra de sus instituciones desaparezca, como sucedió durante su vida con los dos colegios de varones, á cuyos alumnos envió, al disolverse, á Roma ó á mi seminario de San Luis, y con aquel Asilo de Tacuba, cuyos niños fueron enviados á Yucatán. Pero, á pesar de desapariciones parciales, lo que podemos llamar *su obra*, será impercedera; y cuando hayan cesado los rencores y se hayan calmado las pasiones, le harán jus-

ticia sus más encarnizados enemigos y se arrepentirán de haberle hecho sufrir.

¡Alma bendita de mi perdido amigo! ¿Recuerdas aquel *Salterio de Jesús*, que rezábamos cada semana en nuestra querida *alma mater*? Yo no he olvidado nunca aquella plegaria, en que, invocando nueve veces su dulcísimo nombre, otras tres repetíamos «*Jesús, Jesús, Jesús, envíame aquí mi purgatorio.*» En las tribulaciones que en diversas épocas de mi vida me han aquejado, llegué á pensar que el Señor había escuchado mis súplicas de antaño; pero cuando he visto tus sufrimientos durante el último trienio, me he convencido de que tú, con más fervor que yo, rezabas aquel salterio, puesto que el Señor tan manifestamente accedió á tus deseos. Ahora me anima la esperanza de que hayas pasado por el purgatorio de ese otro mundo á que acabas de emigrar, sin que su fuego haya tocado tu bien lavada vestidura. Si así no fuese, apaguen esas llamas nuestras lágrimas y plegarias, y sobre todo, el Santo Sacrificio que por ti acabamos de ofrecer.

¡Alma bendita, descansa en paz!

